L

a mayoría de instituciones educativas una vez pasado el trago amargo de la pandemia se encuentran con un sorbo peor pues su naturaleza no es coyuntural sino estructural. Parodiando a Fukuyama pareciese que estuviésemos en El fin de la historia. La escuela y la educación se encuentran en jaque. Y las soluciones, aunque podrían ayudar a unos pocos, no evitarán el descalabro del sector. ¿Quiénes podrán salir airosos de este momento?

El enemigo, cual la liebre venía dando saltos preavisando, pero la ortodoxia administrativa y educativa impidió reaccionar a tiempo y minimizar el impacto. Se trata de una problemática de carácter estructural, esas contra las cuales casi no hay nada por hacer salvo dejar pasar el tiempo.

La demografía y sus inesperados cambios son una realidad cruda para la escuela y la educación en general; ellas necesitan altas cantidades de estudiantes y el comportamiento demográfico dice que “hay muy poca gente para tanta cama”. Es decir, pudo más la demografía que la economía; ya no es un problema económico sino poblacional. Terrible realidad que se nos sale de las manos.

¡Nos reinventamos o nos reventamos! Solo dos letras sacan o lanzan al abismo a la escuela (léase escuelas, colegios, institutos, universidades, etc.), se trata de la IN.

Para convertirse en receptor preferido de la escasa población de jóvenes, la escuela y la educación no pueden darse el lujo de seguir haciendo lo mismo que los dos pasados siglos. La infraestructura física lujosa, las plantas administrativas y los recursos tecnológicos son suficientes y más bien son cortas para representar diferenciales al nuevo mundo de jóvenes con las más diversas e inusitadas motivaciones y, con mayor razón, al mercado socioeconómico y laboral que emerge lentamente.

La IN de Innovación encarna la estrategia más viable -y quizás única – para la escuela y la educación enfrentarse a las nuevas realidades socioeconómicas. Y esta Innovación educativa recupera a su sitial al profesor o docente. La innovación educativa solo es posible mediante la participación del profesor. Las evidencias actuales lo demuestran.

Resulta casi doloroso apreciar las infraestructuras de escuelas, colegios, institutos y universidades prácticamente vacías y con el agravante de que sus diseños solo sirven para ese oficio tan especial como es el de enseñar o aprender. Los profesores con tristeza añoramos un pasado con aulas atiborradas (muchas veces abusivamente) de esperanzas y sueños.

Solo la escuela que innove su servicio llamado educación podrá atraer a sus aulas a miembros jóvenes de las actuales y futuras generaciones. La educación sin didácticas contemporáneas no solo es obsoleta, sino que para nada es atractiva. La educación reclama de la innovación pedagógica y didáctica para formar Hombres para vivir en el siglo XXI.

*Walter Sanchez-Chinchilla*

*Pedagogo conceptual*